

Joaquim Maria Machado de Assis

# Memorias póstumas de Blas Cubas



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Memórias póstumas de Brás Cubas*  
Traducción de José Ángel Cilleruelo

Primera edición: 2003

Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: El actor William Hodge en *The Man from Home*, ca. 1908.

© Album

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: José Ángel Cilleruelo, cedida por Ediciones de Intervención Cultural, S. L.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-061-2

Depósito legal: M. 2.315-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

AL GUSANO  
QUE PRIMERO ROYÓ  
LAS FRUTAS DE MI CADÁVER  
DEDICO  
CON SENTIDO RECUERDO  
ESTAS  
MEMORIAS PÓSTUMAS



# Prólogo

La primera edición de estas *Memorias póstumas de Blas Cubas* fue publicada por entregas en la *Revista Brasileira*, hacia el año de 1880. Puestas más tarde en libro, he corregido el texto en varios lugares. Al tener que revisarlo ahora para la tercera edición, he enmendado alguna cosa, y suprimido dos o tres docenas de líneas. Así compuesta, sale de nuevo a la luz esta obra que parece haber encontrado cierta benevolencia en el público.

Capistrano de Abreu, al dar noticia de la publicación del libro, preguntaba: «¿Las *Memorias póstumas de Blas Cubas* son una novela?». Macedo Soares, en una carta que me escribió por aquella época, recordaba amigablemente los *Viagens na minha terra*. Al primero respondía ya el difunto Blas Cubas (como el lector ha visto y verá en el prólogo suyo que va delante) que sí y que no, que era novela para unos y no lo era para otros. En cuanto al segundo, así se explicó el finado: «Se trata de una obra

difusa, en la cual, si bien yo, Blas Cubas, adopté la forma libre de un Sterne o de un Xavier de Maistre, no sé si le añadí algunas impertinencias y pesimismo». Todos viajaron: Xavier de Maistre alrededor de su cuarto, Garret en su propia tierra, Sterne en la tierra de los demás. De Blas Cubas se puede decir tal vez que viajó alrededor de la vida.

Lo que hace de mi Blas Cubas un autor particular es lo que él llama «la sarna del pesimismo». Hay en el alma de este libro, por más risueño que parezca, un sentimiento amargo y áspero, que está lejos de venir de sus modelos. Se trata de una copa que puede tener labores de igual escuela, pero contiene otro vino. No digo más para no entrar en la crítica de un difunto, que se pintó a sí mismo y a los demás conforme le pareció mejor y más cierto.

Machado de Assis

# Al lector

Que Stendhal confesara haber escrito uno de sus libros para cien lectores es algo que admira y consterna. Lo que no admira, ni probablemente consternará, es si este libro no alcanza los cien lectores de Stendhal, ni cincuenta, ni veinte, sino, cuando mucho, diez. ¿Diez? Tal vez cinco. En verdad, se trata de una obra difusa, en la cual yo, Blas Cubas, si adopté la forma libre de un Sterne o de un Xavier de Maistre, no sé si le añadí algunas impertinencias pesimistas. Puede ser. Obra de finado. La escribí con la pluma del escarnio y la tinta de la melancolía, y no es difícil prever qué cosa podrá salir de tal connubio. Agréguese a esto que la gente severa hallará en el libro unas apariencias de pura novela, mientras que los frívolos no encontrarán en él su novela habitual; aquí lo tienes, aquí está, privado de la estima de los severos y del amor de los frívolos, que son las dos columnas máximas de la opinión.

Pero todavía cuento con atraerme las simpatías de la opinión, y el primer remedio es huir de un largo y explícito prólogo. El mejor prólogo es el que contiene menos cosas, o el que las dice de manera oscura y trunca. Por consiguiente, evito contar el extraordinario proceso que empleé en la composición de estas *Memorias*, elaboradas aquí, en el otro mundo. Sería curioso, pero precisamente extenso, y por otra parte innecesario para la comprensión de la obra. La obra en sí misma lo es todo: si te gusta, fino lector, me doy por bien pagado; si no te gusta, te pago con un papirotazo, y adiós.

Blas Cubas



## I. Óbito del autor

Durante algún tiempo dudé de si debía abrir estas memorias por el principio o por el final, o sea, si pondría en primer lugar mi nacimiento o mi muerte. Aunque lo corriente sea comenzar por el nacimiento, dos consideraciones me inclinaron a adoptar un método diferente: la primera es que yo no soy propiamente un autor difunto, sino un difunto autor, para quien la losa sepulcral ha sido otra cuna, y la segunda es que el escrito quedaría así más galante y más nuevo. Moisés, que también contó su muerte, no la puso en el introito, sino al final: diferencia radical entre este libro y el Pentateuco.

Dicho eso, expiré a las dos de la tarde de un viernes del mes de agosto de 1869, en mi hermosa quinta de Catumbi. Tenía unos sesenta y cuatro años, robustos y prósperos, era soltero, poseía cerca de trescientos con-

tos<sup>1</sup> y fui acompañado al cementerio por once amigos. ¡Once amigos! La verdad es que no hubo cartas de pésame ni esquelas. Añádase que llovía –chispeaba– una llovizna menuda, triste y constante, tan constante y tan triste que incitó a uno de aquellos fieles de última hora a intercalar esta ingeniosa idea en el discurso que pronunció al borde de mi fosa: «Vosotros que lo conocisteis, señores míos, vosotros podéis decir conmigo que la naturaleza parece estar llorando la pérdida irreparable de uno de los más hermosos personajes que han honrado a la humanidad. Este aire sombrío, estas gotas del cielo, aquellas nubes oscuras que cubren el azul como un crespón fúnebre, todo eso es dolor crudo y malvado que roe a la naturaleza hasta en sus entrañas más íntimas; todo esto es una sublime alabanza a nuestro ilustre finado».

¡Bueno y fiel amigo! No, no me arrepiento de las veinte pólizas que le dejé. Y así fue como llegué a la clausura de mis días; así fue como me encaminé hacia el *undiscovered country* de Hamlet, sin las angustias ni las dudas del joven príncipe, sino lento y reposado, como alguien que se retira tarde del espectáculo. Tarde y aburrido. Me vieron marchar unas nueve o diez personas, entre ellas tres señoras: mi hermana Sabina, casada con Cotrim; la hija, un lirio del valle, y... ¡tened paciencia!, dentro de poco os diré quién era la tercera señora. Por ahora contentaos con saber que esa mujer anónima, aunque no era pariente, padeció más que los parientes. Es verdad, pa-

1. Moneda de la época. Un conto de reis equivalía a mil milréis. (N. del T.)

deció más. No digo que se arrancase los cabellos, no digo que se revolcara por el suelo, convulsa. Tampoco mi óbito era una cosa altamente dramática... Un solterón, que expira a los sesenta y cuatro años, no parece reunir todos los elementos de una tragedia. Y, suponiendo lo contrario, lo que convenía menos a esa anónima señora era aparentarlo. De pie, junto a la cabecera de la cama, los ojos estúpidos, la boca entreabierta, la triste señora mal podía creer en mi extinción.

—¡Muerto! ¡Muerto! —decía para sí.

Y su imaginación, como las cigüeñas que un ilustre viajero vio tender el vuelo desde el Iliso hasta las riberas africanas, pese a las ruinas y a los tiempos, la imaginación de esa señora voló también por encima de los estragos presentes hasta las riberas de un África juvenil... Dejéla ir; allá iremos más tarde; allá iremos cuando me restituya a los primeros años. Ahora quiero morir tranquilamente, metódicamente, escuchando los sollozos de las damas, las conversaciones en voz baja de los hombres, la lluvia que tamborilea en las hojas de aro de la quinta y el sonido estridente de una navaja que un afilador está puliendo afuera, en la puerta de un talabartero. Os juro que esa orquesta de muerte fue mucho menos triste de lo que podría parecer. Desde cierto punto en adelante llegó a ser deliciosa. La vida se debatía en mi pecho, con ímpetus de ola marina, se me desvanecía la conciencia, yo descendía a la inmovilidad física y moral, y el cuerpo se me hacía planta, y piedra, y lodo, y nada.

Morí de una neumonía; pero si digo que fue menos la neumonía que una idea grandiosa y útil la causa de mi muerte, es posible que el lector no me crea, aunque es

verdad. Voy a exponerle sumariamente el caso. Júzguelo por sí mismo.

## II. El emplasto

En efecto, un día, por la mañana, mientras me hallaba paseando por la quinta, se me colgó una idea en el trapezio que tenía en el cerebro. Una vez colgada, comenzó a bracear, a hacer las más atrevidas cabriolas de volatín que sea posible imaginar. Yo me quedé contemplándola. De pronto, dio un gran salto, extendiendo los brazos y las piernas, hasta tomar la forma de una X: descíframe o te devoro.

Esta idea era nada menos que la invención de un remedio sublime, antihipocondríaco, destinado a aliviar a nuestra melancólica humanidad. En la solicitud de privilegio que entonces redacté llamé la atención del gobierno hacia ese resultado, verdaderamente cristiano. Sin embargo, no negué a los amigos las ventajas económicas que debían resultar de la distribución de un producto de tales y tan profundos efectos. Mas ahora que estoy aquí, al otro lado de la vida, lo puedo confesar todo: lo que más influyó en mí fue el gusto de ver impresas en los diarios, en los escaparates, folletos, esquinas, y por último en las cajitas del medicamento, estas tres palabras: *Emplasto Blas Cubas*. ¿Para qué negarlo? Yo tenía la pasión del ruido, del cartel, de los fuegos artificiales. Tal vez este defecto me lo echen en cara los modestos; confío, no obstante, en que ese talento me lo han de reconocer los hábiles. Así, pues, mi idea ostentaba dos caras, como las medallas, una vuelta

hacia el público, otra hacia mí. De un lado, filantropía y lucro; de otro lado, sed de renombre. Digamos: amor a la gloria.

Un tío mío, canónigo de prebenda entera, solía decir que el amor a la gloria temporal era la perdición de las almas, que sólo deben codiciar la gloria eterna. A lo que replicaba otro tío, oficial de uno de los antiguos tercios de infantería, que el amor a la gloria era la cosa más auténticamente humana que hay en el hombre, y, por consiguiente, su aspecto más genuino.

Decida el lector entre el militar y el canónigo; yo vuelvo al emplasto.

### III. Genealogía

Pero, ya que he hablado de mis tíos, dejadme hacer aquí un breve esbozo genealógico.

El fundador de mi familia fue un tal Damián Cubas, que floreció en la primera mitad del siglo XVIII. Era tonelero de oficio, natural de Río de Janeiro, donde hubiera muerto en la penuria y la oscuridad si solamente hubiese ejercido la tonelería. Pero no; se hizo labrador, plantó, cosechó, permutó su producto por buenas y honradas patacas<sup>2</sup>, hasta que murió dejando un considerable caudal a un hijo, el licenciado Luis Cubas. En este joven comienza verdaderamente la serie de mis abuelos –de los abuelos que mi familia finalmente ha confesado–, porque Damián Cubas era en resumidas cuentas un tonelero

2. Moneda de plata, de valor 320 reis. (*N. del T.*)

y tal vez un mal tonelero, mientras que Luis Cubas estudió en Coimbra, se distinguió en el Estado y fue uno de los amigos particulares del virrey conde de Cunha.

Oliéndole excesivamente a tonelería este apellido de Cubas, alegaba mi padre, bisnieto de Damián, que dicho apellido le había sido dado a un caballero, héroe en las jornadas de África, en premio de la hazaña que llevó a cabo al arrebatarse trescientas cubas a los moros. Mi padre era un hombre imaginativo; escapó a la tonelería en las alas de un *calembour*. Era una buena persona, mi padre, varón digno y leal como pocos. Tenía, es verdad, unos humos de engrimiento; pero ¿quién no es un poco engraido en este mundo? Conviene advertir que él no recurrió a la inventiva sino tras probar la falsificación; en primer lugar, entroncó en la familia de aquel famoso homónimo mío, el capitán mayor Blas Cubas, que fundó la villa de San Vicente, en la cual murió en el año de 1592, y por ese motivo me dio el nombre de Blas. Se le opuso, empero, la familia del capitán mayor, y fue entonces cuando imaginó las trescientas cubas moriscas.

Viven todavía algunos miembros de mi familia, mi sobrina Venancia, por ejemplo, lirio del valle, que es la flor de las damas de su tiempo; vive su padre, Cotrim, un individuo que... Pero no anticipemos los sucesos; acabemos de una vez con nuestro emplasto.

#### IV. La idea fija

Mi idea, después de tantas cabriolas, se había constituido en idea fija. Dios te libre, lector, de una idea fija; antes

una viga en el ojo. Ahí tienes a Cavour; fue la idea fija de la unidad italiana la que lo mató. Es verdad que Bismarck no ha muerto; pero hay que advertir que la naturaleza es una gran caprichosa y la historia una eterna cortesana. Por ejemplo, Suetonio nos dio un Claudio que era un necio –o «una calabaza», como lo llamó Séneca– y un Tito que mereció ser las delicias de Roma. Vino en los tiempos modernos un profesor y halló la manera de demostrar que de los dos césares, el delicioso, el verdaderamente delicioso, fue el «calabaza» de Séneca. Y tú, madame Lucrecia, flor de los Borgias, si un poeta te pintó como la Mesalina católica, apareció un Gregorovius incrédulo que te apagó mucho esa cualidad, y, si no llegaste a lirio, tampoco fuiste pantano. Yo me mantengo entre el poeta y el sabio.

Viva pues la historia, la voluble historia que da para todo; y, volviendo a la idea fija, diré que es ella la que hace a los varones fuertes y a los locos; la idea móvil, vaga o cambiante, es la que hace a los Claudios –fórmula Suetonio–.

Era fija mi idea; fija como... No se me ocurre nada que sea bastante fijo en este mundo; quizá la luna, quizá las pirámides de Egipto, quizá la difunta Dieta germánica. Vea el lector la comparación que mejor le cuadre, véala y no se quede ahí torciéndose la nariz, sólo porque todavía no hemos llegado a la parte narrativa de estas memorias. Ya llegaremos. Creo que prefiere la anécdota a la reflexión, como los demás lectores, cofrades suyos, y me parece que hace muy bien. Pues ya llegaremos a eso. Sin embargo, es importante decir que este libro está escrito con pachorra, con la pachorra de un hombre aliviado ya de la brevedad

del siglo, obra supinamente filosófica, de una filosofía desigual, ahora austera, luego juguetona, algo que no edifica ni destruye, no inflama ni congela, y es que es, sin embargo, más que un pasatiempo y menos que un apostolado.

Vamos ya; rectifique su nariz, y volvamos al emplasto. Dejemos a la historia con sus caprichos de dama elegante. Ninguno de nosotros peleó en la batalla de Salamina, ninguno escribió la confesión de Augsburgo. Por mi parte, si alguna vez me acuerdo de Cromwell es tan sólo por la idea de que Su Alteza, con la misma mano con que clausuró el Parlamento, habría impuesto a los ingleses el emplasto Blas Cubas. No os riáis de esta victoria común de la farmacia y el puritanismo. ¿Quién no sabe que, junto a cada bandera grande, pública, ostentosa, hay muchas veces otras banderas modestamente particulares que se yerguen y ondean a la sombra de aquélla, y no pocas veces la sobreviven? Haciendo una mala comparación, es como la ínfima plebe que se acogía a la sombra del castillo feudal; cayó éste, y la plebe permaneció. La verdad es que se hizo potente y castellana... No, la comparación no sirve.

## V. En que asoma la oreja una señora

Sino que, cuando estaba ocupado en preparar y apurar mi invento, recibí de lleno una corriente de aire; pronto caí enfermo, y no me cuidé. Tenía el emplasto en el cerebro; llevaba conmigo la idea fija de los locos y de los fuertes. Me veía a mí mismo, a lo lejos, ascendiendo desde el suelo de las masas y elevándome al cielo, como un



águila inmortal, y frente a un espectáculo tan excelso no hay hombre capaz de sentir el dolor que le punza. Al día siguiente estaba peor; me cuidé por fin, pero incompletamente, sin método, sin atención ni persistencia; tal fue el origen del mal que me trajo a la eternidad. Ya sabéis que morí un viernes, día aciago, y creo haber probado que fue mi invento el que me mató. Hay demostraciones menos lúcidas y no menos triunfantes.

No era imposible, sin embargo, que yo hubiese llegado a trepar la cima de un siglo, y a figurar, en las hojas públicas, entre los longevos. Tenía salud y robustez. Supóngase que, en lugar de estar echando los cimientos de un invento farmacéutico, trataba de reunir los elementos de una institución política o de una reforma religiosa. Venía la corriente de aire, que vence en eficacia al cálculo humano, y todo quedaba hecho polvo. Así es la suerte de los hombres.

Con estas palabras me despedí de la mujer, no diré la más discreta, pero sí con seguridad la más hermosa entre sus contemporáneos, la mujer anónima del capítulo primero, aquella cuya imaginación, a semejanza de las cigüeñas del Iliso... Tenía entonces cincuenta y cuatro años; era una ruina, una ruina imponente. Imagine el lector que nos habíamos amado, ella y yo, muchos años antes, y que un día, ya enfermo, la veo asomar por la puerta de la alcoba...

## VI. Chimène, qui l'eût dit? Rodrigue, qui l'eût cru?

La veo asomar por la puerta de la alcoba, pálida, conmovida, vestida de negro, y quedarse allí durante un minu-

to, sin ánimos para entrar, o cohibida por la presencia de un hombre que estaba conmigo. Desde la cama en que yacía la contemplé durante ese tiempo, sin atinar a decirle nada ni hacer ningún gesto. Hacía ya dos años que no nos veíamos, y ahora la veía no tal como era, sino como había sido, como habíamos sido ambos, porque un Ezequías misterioso había hecho retroceder el sol hasta los días juveniles. Retrocedió el sol, sacudí todas las miserias, y este puñado de polvo, que la muerte iba a dispersar en la eternidad de la nada, pudo más que el tiempo, que es el ministro de la muerte. Ninguna agua de Juventá hubiera igualado en ese momento la simple añoranza.

Creedme, lo menos malo es recordar; que nadie se fíe de la felicidad presente; hay en ella una gota de la baba de Caín. Transcurrido el tiempo y pasado el espasmo, entonces sí, entonces tal vez se puede gozar de veras, porque entre una y otra de esas dos ilusiones mejor es la que se disfruta sin dolor.

No duró mucho la evocación; la realidad dominó en seguida; el presente desalojó al pasado. Tal vez esponga al lector, en algún rincón de este libro, mi teoría de las ediciones humanas. Lo que importa saber por ahora es que Virgilia –se llamaba Virgilia– entró en la alcoba, firme, con la gravedad que le daban sus ropas y sus años, y vino hasta mi lecho. El extraño se levantó y salió. Era un individuo que me visitaba todos los días para hablar del cambio, de la colonización y de la necesidad de fomentar las comunicaciones ferroviarias; nada más interesante para un moribundo. Salió; Virgilia permaneció de pie; durante algún tiempo quedamos mirándonos el uno al otro, sin articular palabra. ¿Quién lo diría? De dos gran-

des enamorados, de dos pasiones sin freno, nada quedaba ya, veinte años después; tan sólo dos corazones marchitos, devastados por la vida y saciados de ella, no sé si en igual dosis, pero a fin de cuentas saciados. Virgilia tenía ahora la hermosura de la vejez, un aire austero y maternal, estaba menos delgada que cuando la había visto, por última vez, en una fiesta de San Juan, en Tijuca; y, como era de las que se resisten mucho, apenas ahora comenzaban los cabellos oscuros a intercalarse con algunos hilos de plata.

—¿Andas visitando a los difuntos? —le dije.

—¡Cómo difuntos! —respondió Virgilia con un mohín. Y después de apretarme las manos—: Vengo a ver si saco a los holgazanes de la cama.

No tenía la caricia lacrimosa de otro tiempo; pero su voz era dulce y amable. Se sentó. Yo estaba solo, en casa, con un simple enfermero; nos podíamos hablar el uno al otro sin peligro. Virgilia me dio abundantes noticias de fuera, narrándolas con gracia, con cierta picantería de mala lengua que era la sal de la conversación; yo, a punto de dejar el mundo, sentía un placer satánico en mofarme de él, en convencerme de que no dejaba nada.

—¡Qué ideas ésas! —me interrumpió Virgilia un tanto enojada—. Mira que no vuelvo más. ¡Morir! Todos nosotros tenemos que morir; basta que estemos vivos.

Y mirando el reloj:

—¡Jesús! Son las tres. Me voy corriendo.

—¿Ya?

—Ya; vendré mañana o pasado.

—No sé si haces bien —repuse—; el enfermo es un solterón y en la casa no hay señoras...

—¿Y tu hermana?

—Vendrá a pasar unos días, pero no antes del sábado.

Virgilia reflexionó un instante, se encogió de hombros y dijo con gravedad:

—¡Estoy vieja! Ya nadie se fija en mí. Si embargo, para acabar con las dudas, vendré con Ñoño.

Ñoño era un abogado, hijo único de su matrimonio, que, a la edad de cinco años, había sido cómplice inconsciente de nuestros amores. Vinieron juntos, dos días después, y confieso que, al verlos allí, en mi alcoba, quedé sobrecogido por una timidez que no me permitió corresponder inmediatamente a las afables palabras del muchacho. Virgilia lo adivinó y dijo a su hijo:

—Ñoño, no hagas caso de ese gran pícaro que está ahí; no quiere hablar para hacer creer que está en la puerta de la muerte.

Sonrió el hijo, creo que yo sonreí también, y todo acabó en pura broma. Virgilia estaba serena y risueña, tenía el aspecto de las vidas inmaculadas. Ninguna mirada sospechosa, ningún gesto que pudiera denunciar nada; una igualdad de palabra y de espíritu, un dominio de sí misma, que parecía y tal vez fuesen raros. Como tocásemos, casualmente, el asunto de unos amores ilegítimos, medio secretos, medio divulgados, la vi hablar con desdén y un poco de indignación de la mujer de que se trataba, que era amiga suya. El hijo se sentía satisfecho, oyendo aquella palabra digna y fuerte, y yo me preguntaba a mí mismo qué dirían de nosotros los gavilanes, si Buffon hubiese nacido gavilán...

Comenzaba mi delirio.

## VII. El delirio

Que a mí me conste, nadie ha contado todavía su propio delirio; yo lo haré y la ciencia me lo ha de agradecer. Si el lector no es dado a la contemplación de estos fenómenos mentales, puede saltarse el capítulo, e ir derecho a la narración. Pero, por poco curioso que sea, al fin y al cabo le digo que es interesante saber lo que pasó por mi cabeza durante unos veinte o treinta minutos.

En primer lugar, tomé la figura de un barbero chino, panzudo, diestro, que afeitaba concienzudamente a un mandarín, el cual me pagaba mi trabajo con pellizcos y confites: caprichos de mandarín.

En seguida me sentí transformado en la *Summa Theologica* de Santo Tomás, impresa en un volumen y encuadernada en tafilete, con broches de plata y estampas, idea ésta que dio a mi cuerpo la más completa inmovilidad; y todavía ahora recuerdo que, como mis dos manos eran los broches del libro, las cruzaba sobre mi vientre, pero alguien las descruzaba (Virgilia seguramente), porque la pose le recordaba la imagen de un difunto.

Por último, restituido a la forma humana, vi llegar a un hipopótamo, que me arrebató. Me dejé llevar, callado, no sé si por miedo o por confianza; pero, al poco tiempo, la carrera se volvió de tal manera vertiginosa que me atreví a interrogarlo, y con algún arte le dije que el viaje me parecía sin destino.

—Te equivocas —replicó el animal—; nosotros vamos al origen de los siglos.

Insinué que aquello debería estar extraordinariamente lejos; pero el hipopótamo no me entendió o no me oyó,